

LA PENA DE MUERTE

parece ahora sagrada, porque van a morir por ella.

El sacerdote ha bajado de la tarima. Dos hombres se acercan a los condenados: los verdugos. Visten hopalandas de color. Tienen gordas manos de carniceros, llenas de pelos. Suenan el clarín. Los tambores repican en los campos, y este redoblar fúnebre repercute en los muros de los cuarteles. Disminuye y renace, obsesionante, ensordecedor, interminable... Los conjurados se han puesto de rodillas. Por encima de sus cabezas, los verdugos rompen espadas como símbolo de caducidad. Después, les revisten con vestidos blancos de tela de saco con mangas largas y capuchas.

Atan a los tres primeros, Petrachévski, Mombelli y Grigóriev a los postes, y los verdugos les bajan las capuchas sobre los ojos. Una orden breve. Tres pelotones salen de las filas y se alinean delante de los condenados.

Dostoyevski cierra los ojos. Es el sexto en la orden de ejecución. Está en el próximo turno. Dentro de cinco minutos estará atado a estos mismos postes. Una horrosa angustia le embarga. No se deben perder estos cinco minutos. Hay que emplearlos lo mejor posible, extraer de ellos toda su esencia y toda su secreta alegría antes de caer en la Noche. Divide en tres partes el tiempo que le queda para vivir: Dos minutos para decir adiós a sus amigos. Dos minutos para reflexionar. Un minuto para mirar por última vez el mundo.

¿Pero sobre qué reflexionar, mirar el qué? Tiene veintiséis años; tiene la plena conciencia de su fuerza y de su talento y de pronto... la muerte. Existe, está vivo, y dentro de tres minutos, no será nada, o será otra cosa o alguien distinto. Aún mira la cúpula de la catedral. Y no puede apartar los ojos de esta cúpula deslumbrante de oro y sol. Le parece, de un segundo a otro, estará sólo en presencia de esta tranquila luz. Formarán una sola cosa. El se convertirá en esta claridad, en esta calma. Se sumergirá en lo desconocido. Un micdo convulsivo le sobrecoige. «¿Si no muriese?... Si me fuera devuelta la vida... ¡Qué eternidad!... ¡Y todo esto sería para mí!... ¡Oh!, entonces se transformaría cada minuto en un siglo, no perdería ni uno solo, llevaría la cuenta de todos mis momentos para no gastar ninguno a la ligera!...» (1).

Mientras tanto, los soldados cargan sus fusiles y apuntan. El silencio hace daño. Un grito: «¡Fuego!», y estos cuerpos van a desplomarse sobre el suelo con una dejadez ridícula. Se los llevarán. Y los sustituirán por otros tres. Pero, ¿por qué no disparan?

(1) «El idiota».

Con una sangre fría perfecta, Petrachévski levanta su capucha para ver lo que ocurre. Un ayuda de campo agita su pañuelo. Tocan a retreta. Los verdugos desatan a Petrachévski levanta su capucha góriev y les vuelven a llevar a la tarima.

El auditor se acerca de nuevo y lee, tartamudeando atrozmente, el indulto:

—Habiendo merecido los culpables la pena de muerte, según la ley, son indultados por la clemencia infinita de Su Majestad el Emperador...

Los trabajos forzados, el destierro... La alegría cae como un mazo sobre Dostoyevski. ¡Salvado! ¡Qué importa todo lo demás! Veinte años más tarde, le dirá a su mujer: «No recuerdo ningún día tan feliz».

Algunos de sus compañeros, en cambio, se encuentran tan agotados por la emoción y tan asqueados por la comedia, que echan de menos la muerte a la que han escapado. Grigóriev está lívido. Tiembla. Le castañetean los dientes. Se ha vuelto loco. ■

Truman Capote

UN SIMPLE TESTIGO

«Una mañana de noviembre de 1959, hojeando el "New York Times", vi una breve reseña sobre el asesinato de Holcom: Asesinato de un rico granjero y de tres miembros de su familia. H. W. Clutter, su esposa y sus dos hijos, encontrados muertos en su casa de Texas... Me fui a Texas sin la menor idea de lo que iba a ser la novela. Al principio ni siquiera sabía si iba a poder sacar una novela. Durante cinco años entrevisté a cada uno de los personajes... Con Dick y Perry no he inventado nada... Terminé mi libro en abril de 1965; fueron ejecutados también en abril de 1965. Sentía simpatía por ellos; pero en mi libro no dejo nunca traslucir mis sentimientos a este respecto». A continuación, últimas páginas de «A sangre fría» (1).

(1) «A sangre fría», Truman Capote. Ed. Noguer.

DEWY les había visto morir, pues se había contado entre los veintinueve testigos invitados a la ceremonia.

No había presenciado nunca una ejecución, y cuando, a medianoche, entró en el almacén, el escenario le sorprendió: había esperado un lugar digno y no aquella caverna tristemente iluminada, llena de maderas y trastos en total desorden. Pero la horca, con sus dos lazos pálidos atados a la viga, imponía lo suyo. Y lo mismo el verdugo, que con inesperada elegancia, lanzaba, desde su plataforma, sobre los trece escalones de madera, una larga sombra. El verdugo, individuo anónimo, endurecido, importado especialmente de Missouri para el acontecimiento por el que recibiría seiscientos dólares, llevaba un viejo traje cruzado, a rayas, demasiado holgado para su escuálida persona, la chaqueta le llegaba casi hasta las rodillas y llevaba en la cabeza un sombrero de cow-boy que quizá de nuevo fue verde brillante, pero que ahora se había convertido en una cosa estrambótica deshecha por el sudor y el tiempo.

Dewey encontró además desconcertante la charla, voluntariamente indiferente, de los demás asistentes al acto mientras esperaban el comienzo de lo que uno de ellos llamó «las festividades».

—Oí decir que pensaban echar a suertes quién de los dos tenía que ser el primero. Haciéndolo a las pajas o echando una moneda al

aire. Pero Smith dijo que por qué no por orden alfabético. Imagino que porque la «ese» viene después de la «hache». ¡Ja!

—¿Leíste en el diario, en el de la tarde, lo que pidieron para su última comida? Los dos el mismo menú: gambas, patatas fritas, pan al ajo, helado y fresas con nata. Tengo entendido que Smith no le hizo gran caso.

—Ese Hickock tiene buen sentido del humor. Me cuentan que hará una hora, uno de los guardas le dijo: «Esta debe de ser la noche más larga de toda su vida». Y Hickock va, se ríe y contesta: «No, la más corta».

—¿Has oído lo de los ojos de Hickock? Se los deja a un oculista. En cuanto la diñe, ese médico le sacará los ojos y los pondrá en la cara de alguien. Ni que decir tiene que no querría yo estar en el pellejo de ese alguien. ¡Mira que tener sus ojos en mi cara!

—¡Atíza! ¿Es esto lluvia? ¡Y yo he bajado todas las ventanas! De mí Chevy nuevo. ¡Atíza!

La repentina lluvia tamborileaba en el tejado del almacén. Su ruido, no demasiado distinto del «ram-ram-rata-plam» de los tambores, anunció la llegada de Hickock. Acompañado de seis guardias y un capellán que rezaba, entró en el mortal lugar, esposado y con una especie de arnés de cuero negro que le ataba los brazos al torso. Al pie de la horca, el alcalde le leyó la orden oficial de ejecución, un documen-

to de dos páginas. A medida que el alcalde leía, los ojos de Hickock, debilitados por medio decenio de celda, escudriñaron el pequeño auditorio y, no viendo lo que buscaban, le preguntó al guardián que tenía más cerca, en un susurro, si no había ningún miembro de la familia Clutter presente. Al contestarle que no, el prisionero pareció contrariado, como si pensara que el protocolo de aquel ritual de venganza no fuera observado como era de rigor.

Como de costumbre, el alcalde, terminada la lectura, le preguntó al condenado si quería hacer su postrera declaración. Hickock asintió con la cabeza:

—Sólo quiero decir que no os guardo rencor. Me enviáis a un mundo mejor de lo que éste fue para mí.

A continuación, como para dar más énfasis a sus palabras, les dio la mano a los cuatro hombres principalmente responsables de su captura y condena, los cuales, todos, habían pedido presenciar la ejecución: los agentes del KBI Roy Church, Clarence Duntz, Harold Nye y Dewey.

—Un placer volver a verles —dijo con su más encantadora sonrisa.

Era como saludar a los invitados a su propio funeral.

El verdugo tosió, se quitó con impaciencia su sombrero de cowboy y se lo volvió a poner, gesto que recordaba en cierto modo una gallina que erizase las plumas del cuello y las volviera a bajar. Hickock, empujado suavemente por un asistente, subió los escalones del patíbulo.

—El Señor nos la da, el Señor nos la quita. Loado sea el nombre del Señor —entonó el capellán mientras arreciaba la lluvia, el lazo era colocado y una venda negra atada alrededor de la cabeza del preso, tapándole los ojos—. Que el Señor tenga piedad de tu alma.

El escotillón se abrió e Hickock quedó colgado durante veinte minutos enteros, hasta que al fin el doctor dijo:

—Declaro que este hombre ha muerto.

Un coche fúnebre, con los faros encendidos y perlados de lluvia, entró en el almacén, y el cuerpo, colocado en una camilla y cubierto con una manta, fue llevado hasta el coche y luego afuera, en la noche.

Viéndolo marchar, Roy Church movió la cabeza:

—No creí nunca que tuviera tantas agallas. Que se lo tomara así. Creía que era un cobarde.

Su interlocutor, otro agente, le contestó:

—¡Oh, Roy! El tío era un mierda. Más malo que el diablo. Se lo merecía.

Church, con ojos pensativos, seguía moviendo la cabeza.

Mientras aguardaban la segunda

ejecución, un periodista y un guardián entablaron conversación. El periodista decía:

—¿Es el primer ahorcado que ve?

—Vé a Lee Andrews.

—Para mí, éste es el primero.

—Ah. ¿Y qué le parece?

El periodista frunció los labios:

—Nadie del periódico quería venir. Ni yo tampoco. Pero no ha sido tan malo como pensé. Igual que saltar de un trampolín. Sólo que con una cuerda alrededor del cuello.

—No sienten nada. Caen de pronto, instantáneamente, y ya está. No sienten nada.

—¿Está seguro? Yo estaba muy cerca y le oía que intentaba aspirar aire.

—Uff, pero no sienten nada. No sería humano si no.

—Bueno, y además supongo que les atiborran de píldoras. Sedativas.

—No, puñeta. Va contra el reglamento. Ahí llega Smith.

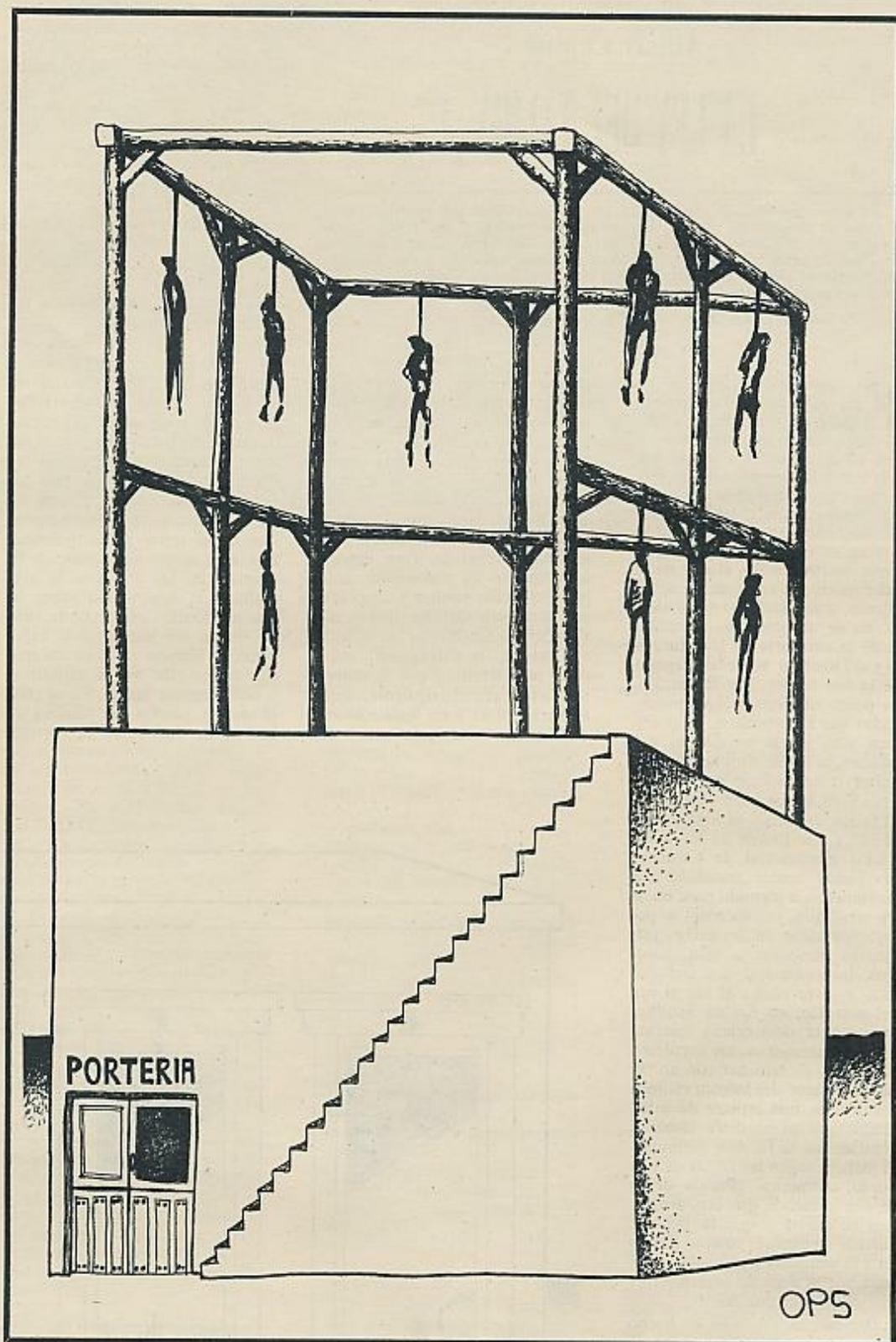
—Caramba, no sabía que fuera un renacuajo así.

—Sí, es pequeño. También lo es la tarántula.

Cuando le llevaron al almacén, Smith reconoció a su enemigo Dewey. Dejó de mascar el chicle de menta que tenía en la boca, sonrió y le guiñó el ojo a Dewey, entre desenvuelto y malicioso. Pero cuando el alcaide le preguntó si quería decir algo, su expresión era seria. Sus ojos sensibles contemplaron gravemente los rostros que le rodeaban, se alzaron hacia el verdugo en sombras, luego se posaron en sus manos esposadas. Se miró los dedos sucios de tinta y pintura, porque se había pasado sus últimos tres años en la Hilería de la Muerte pintando autorretratos y retratos de niños de los detenidos que le dejaban las fotos de su progenie que tan raramente veían.

—Pienso —dijo— que es un error de mierda quitar la vida de este modo. No creo en la pena de muerte ni legal ni moralmente. Puede que hubiera podido contribuir en algo, algo... —le falló la seguridad, la timidez le redujo la voz hasta que no se le oía apenas—. No sirve de nada que pida perdón por lo que hice. Hasta está fuera de lugar. Pero lo hago. Pido perdón.

Escalones, lazo, venda. Pero antes de que le ajustaran la venda, el prisionero escupió su chicle en la mano tendida del capellán. Dewey cerró los ojos y los mantuvo cerrados hasta que oyó el golpe seco que anuncia que la cuerda ha partido el cuello. Como casi todos los funcionarios de la ley americana, Dewey está convencido que la pena capital representa un freno para el crimen violento y creía que si alguna vez la sentencia había sido plenamente merecida, era ésta. La precedente ejecución no le había turbado: nunca había tenido a Hickock en gran cosa, sino que le parecía «un estafador que se había



salido de su radio de acción, un ser huero sin ningún valor». Pero Smith, a pesar de que era un auténtico asesino, despertaba en él otra reacción porque había algo en él, un aura de animal exiliado, de crea-

tura herida, que el detective no podía pasar por alto. Recordaba su primer encuentro con Perry en el cuarto-interrogatorio de la policía de Las Vegas: aquel enano sentado en la silla metálica con sus dimi-

nutos pies metidos en unas botas que no llegaban al suelo. Y ahora, cuando Dewey volvió a abrir los ojos, fue aquello lo que vio, los mismos diminutos pies que colgaban, oscilantes.